

# Los modernos problemas del descubrimiento de América

Enrique DE GANDIA

Un cuadro célebre, del pintor Barabino, que se halla en el Museo de Arte del Palazzo Rosso, de Génova, nos muestra a Colón exponiendo su proyecto ante los sabios españoles. Unos lo miran escépticos; otros, sugestionados por sus palabras proféticas. La pintura a que nos referimos — magnífica obra de arte — tiene un valor superior a la escena que representa. Ella simboliza la incredulidad y la fe ante el misterio de lo desconocido. La vida y la muerte encierran un eterno interrogante porque en ellas hay un más allá que sólo el espíritu puede presentar. Colón, en la historia, fue el intuitivo más grande que recuerdan las crónicas. Los cartógrafos medievales, desde fines del siglo XIV, sabían que entre las costas de Europa y de Asia se extendía un mismo mar; pero ningún navegante tuvo la audacia y la firmeza de luchar con tanto tesón por el triunfo que él supo conseguir. Si en medio de ese Océano que bañaba el Oriente y el Occidente apareció un mundo inesperado, el error no estuvo, precisamente, en Colón, sino en la naturaleza que la humanidad había concebido.

Los problemas antiguos del descubrimiento de América y de la vida de Colón hoy no se discuten. La historia ha necesitado más de cuatrocientos años de crítica para llegar a resultados positivos que sólo lo tratan de alterar publicistas irresponsables. Ha pasado el tiempo de las polémicas sobre la patria del gran genovés. Las teorías sobre el Colón español han muerto con sus ilusos sostenedores. La Real Academia de la Historia, de Madrid, fue la primera institución sabia española que rechazó de plano los pretendidos documentos sobre la patria gallega de Colón. Y fueron, también, sabios paleógrafos gallegos quienes probaron la inconsistencia de esos mismos documentos y enterraron para siempre — mucho antes que levantaran la voz sabios italianos y de otras naciones — la pretendida posibilidad de un Co-

lón español. España no necesita glorias ajenas para engrandecer su historia. Le basta con haber combatido a los árabes durante ocho siglos y haber salvado el cristianismo y la cultura occidental de una ruina segura.

Los problemas modernos del hallazgo inmortal y de la vida del descubridor van directos al fondo de las intenciones y del significado de la empresa. En primer término se discute el predescubrimiento de América por los navegantes clandestinos del Occidente de Europa. El hecho merece ser analizado en pocas líneas. Un mapa maravilloso por las noticias que contiene, conocido con el nombre de atlas catalán, nos muestra en el año 1375, en pleno Océano, unas islas que no son las Azores ni las Canarias y tienen los nombres de Mam, Saltvajes y Brasil. La isla de Mam está perfectamente identificada; pero las Saltvajes y Brasil son aún un misterio. Críticos hay que las creen fabulosas; otros las suponen restos legendarios de la Atlántida, y no faltan quienes sostienen — basados en una evidencia difícil de refutar — que esas islas son tierras de América apenas tocadas por navegantes ignorados. Admitamos, sólo por quererlo así nuestra voluntad, que la existencia de esas islas fue una simple fantasía de navegantes; pero no podemos negar otro hecho de indiscutible realidad histórica. El mapa de Andrés Bianco, del 1436, muestra al Occidente del Océano una isla, Stokafixa, del *stok fish*, bacalao, que corresponde a las costas de Terranova. Nos hallamos, así, frente a una exacta comprobación histórica. Los pescadores del Cantábrico y algunos pueblos del Norte llegaban en sus excursiones hasta las tierras de América. Hubo, por tanto, pueblos europeos que cruzaban el Océano antes del 1492. Pero las tierras a las cuales llegaban estos navegantes fugaces no eran para ellos un mundo desconocido; eran simples puntos de pesca, rincones del Océano a los cuales acudían para buscar el sustento. Estas comunicaciones transoceánicas que la historia reconoce, no disminuyen en lo más mínimo el valor mundial de la concepción de Colón y de su descubrimiento. Más importancia tendrían los viajes de los normandos a Islandia y a las actuales costas de Norte América, perfectamente reconstruídos en sus detalles; pero ellos no fueron el resultado de una idea genial, de un descubrimiento preconcebido. El espíritu nacional de Escandinavia, en los siglos centrales de la Edad Media, era el de navegar a tierras lejanas. Pronto este espíritu decayó. Los viajes a América se hicieron una tradición y la tradición se convirtió en leyenda. Escandinavia olvidó sus pasadas grandezas; Europa entera las ignoró, y las naves normandas se dedicaron, en el Mediterráneo, a una cruel piratería. Pretender que la expansión normanda en el A-

tlántico, hasta Islandia y Norte América, puede compararse con la empresa científica de Colón, es un grave error. También los pueblos asiáticos cruzaban el Estrecho de Behring en sus migraciones a América, y los navegantes de la Polinesia atravesaban el Pacífico hasta las costas de Chile y el Perú; pero los movimientos históricos de la humanidad no son el espíritu de un hombre extraordinario, ni tienen paralelo con ninguna acción individual. La empresa de Colón debe situarse en un plano crítico e histórico diferente, fuera de la cronología de las migraciones y dentro de las gestas de aventura y de heroísmo.

Colón es la expresión más pura de la italianidad medieval y eterna. Su vida completa es la del viajero típico e italiano. Las naciones tienen un alma característica e inconfundible que representa su personalidad. España, durante la Edad Media, vivió animada por un espíritu heroico que nació de su lucha secular contra los moros. Italia, dividida en grandes comunas, sin una unidad política y sin luchas nacionales, fue la patria de los viajeros más sorprendentes. Italia careció, durante siglos, de una unidad política; pero tuvo, en sumo grado, una unidad en su cultura y en sus viajes. El dominio comercial y político de las ciudades italianas se hacía sentir fuertemente en los puertos del Mediterráneo. Italia era una sobre el mar, aunque sus ciudades estuviesen divididas entre sí. Y también eran un solo hombre y una sola generación los viajeros italianos que salían de la Península para llevar el nombre de Italia hasta los tártaros, la India y la China. Durante varios siglos los viajeros italianos cumplieron proezas inimitables. En la perspectiva de la historia sus viajes aventurosos se nos presentan con una continuidad lógica y un estilo semejante. Los frailes viajeros que los Papas enviaban a Tartaria; los hermanos Virvaldi, los hermanos Zeno, Marco Polo y Cristóbal Colón, están separados por cientos de años y sus viajes tuvieron escenarios distintos; pero en ellos hay un impulso común; una misma sed de aventura y de curiosidad, un mismo afán y un mismo espíritu. Es el alma de Italia que vive en todos ellos; esa italianidad, sinónimo de audacia, de fuerza, de desprecio a la muerte y de inmensa ilusión, que los llevaba a sondear todos los horizontes y todos los confines. Los hombres de Italia se sentían estrechos en sus ciudades de piedra, cargadas de arte, y salían sobre el mar a descubrir misterios. Italia fue, en la Edad Media, la nación que sintió más íntimamente, como ninguna otra, la atracción de la lejanía, el llamado de la aventura. España, antes del 1492, no fue una nación viajera. Sus héroes no podían moverse del territorio natal porque tenían que defender a su patria contra el avance de los moros. Por ello España dio forma superior al nacionalismo,

al amor patrio, e Italia definió el espíritu de los viajes y de la aventura.

Es preciso comprender y distinguir a fondo este doble carácter de lo español y de lo italiano. Nótese que son dos fuerzas que se complementan, que ineludiblemente tenían que encontrarse, y se encontraron, y que juntas dieron al mundo el hecho histórico de más trascendencia después de la vida de Cristo.

Casi a un mismo tiempo nacieron en Italia y en España un hombre y una mujer que harían cambiar la historia terrena. El hombre era hijo de un cardador de lana, y la mujer era una princesa; pero cuando ambos se encontraron y él dijo llamarse Cristóbal Colón, y ella, Isabel la Católica, la humanidad se halló frente a un nuevo destino. Entre ellos ya no existía la diferencia social que había habido en el momento de sus nacimientos. Frente a la historia tenían una misma e inmensa grandeza. El representaba todo el espíritu errante, aventurero y osado de los viejos marinos italianos; ella era la fuerza de las espadas triunfantes en ocho siglos de lucha contra los moros. No fue el azar lo que resolvió la unión de estos dos seres, padres de los tiempos modernos. Fue un determinismo histórico imposible de torcer. España era entonces la nación en Europa con más energías para emprender el descubrimiento y la conquista de América. Colón y su hermano llamaron a las puertas de muchas cortes antes de confiar a Isabel la Católica el viaje que uniría los extremos del mundo. España no se burló de las propuestas de Colón. Estas son invenciones posteriores para dar mayor mérito a la constancia del descubridor. Los sabios que analizaron los proyectos del navegante genovés sólo dijeron que en aquellos momentos no convenía detener la guerra contra los moros para auspiciar un viaje con tan escasas probabilidades de triunfo. Estas palabras nos conducen frente al más grande problema del descubrimiento de América. Es el de las verdaderas intenciones de Colón y de los Reyes Católicos. Debemos indagar qué se proponían unos y otros con sus naves sobre el mar y por qué trataban de cumplir ese propósito. Sólo hallando la verdad de estos hechos podremos saber qué fue Colón en el mundo y qué representó su empresa inmortal.

Colón no tuvo otra intención que la de llegar al Oriente por el Occidente. Esta vieja verdad fue enturbiada desde hace unos años por algunos críticos que inventaron una tesis nueva; la de que el navegante genovés nunca se propuso alcanzar las costas de la India y que su único objeto fue descubrir una isla fabulosa, llamada Antilla, que los mapas medievales dibujaban en el Atlántico. Según los críticos aludi-

dos, Colón sostuvo que sus intenciones fueron las de viajar hasta la India cuando halló el continente americano. Antes nunca habría manifestado sus verdaderas ideas porque ellas eran las de encontrar la Antilla.

Este problema ya no es un misterio. Las discusiones eruditas que generó, fueron muchas; pero la historia no vacila. La isla Antilla despertó una mínima atención en el viaje de 1492. Los hermanos Pinzones, está definitivamente probado, embarcaron con la intención de llegar a Cipango, el Japón. En el pasaporte que los Reyes Católicos dieron a Colón consta que su viaje tenía por objeto descubrir islas y tierra firme hacia el lado de la India. El afán de negar la evidencia ha hecho jurar a ciertos críticos que la frase “hacia el lado de la India” sólo indica una dirección y que tanto las islas como la tierra firme no podían ser el Asia, sino la Antilla. Se trata de sofismas y de argucias. La tierra firme que se hallaba — según el pasaporte de los Reyes Católicos — hacia el lado de la India, no podía ser otra que el Asia, y las islas debían ser — forzosamente — las que bordeaban el continente asiático. Sin necesidad de acudir al testimonio de los mismos reyes, de Colón, del Papa y de otros personajes — todos concordes en afirmar que Colón volvía de la India — por ser posteriores al descubrimiento, vamos a mencionar un testimonio cartográfico conocido, pero insubstituible, para demostrar que la empresa colombina no podía tener otro objeto que unir — con un solo viaje — las costas de Europa a las costas del Asia. Es el mapa de Martín de Behaim, de 1492, terminado meses antes de conocerse en Europa el encuentro de América. Este mapa dibuja a la derecha del lector las tierras de Europa y de Africa, y a la izquierda, las del Asia bordeadas por innumerables islas: exactamente como expresaba el pasaporte de los Reyes Católicos: *islas e tierra firme*. A mitad del camino, entre Europa y el Asia, se halla la isla Antilla. Y esta ruta es precisamente la que hizo Colón. Partió de las costas de Europa; a los pocos días de navegación, donde podía hallarse la Antilla, buscó una isla que figuraba en sus mapas y, al no divisarla, siguió viaje hacia la India. La isla buscada en el camino es muy posible que haya sido la Antilla. Esto evidencia que la isla tan decantada no tuvo mayor importancia en el desarrollo de la empresa y que el fin del viaje no era ella exclusivamente, sino la India. Pero las pruebas no se detienen aquí. Colón llevaba a la práctica una idea que le había comunicado el sabio florentino Pablo del Pozzo Toscanelli. Existen las cartas de Toscanelli a Colón y se sabe, por el testimonio del P. Las Casas, que en 1474 Toscanelli compuso un mapa semejante al que, años más tarde, dibujó

Martín de Behaim. Estos testimonios no admitirían discusiones si los negadores de los auténticos propósitos colombinos no los hubiesen tachado de falsos. La audacia de ciertos críticos ha llegado al extremo de suponer que el P. Las Casas los habría inventado después de la muerte de Colón para demostrar que así como Pinzón decía que había tenido informes, en la biblioteca del Vaticano, de tierras occidentales, también Colón habría sido instruido acerca del camino a seguir por un sabio como el viejo Toscanelli. Hasta el mapa que describe el P. Las Casas sería — según los mismos críticos — una descripción del mapa de Behaim. Estas afirmaciones no pueden ser más desacertadas. La correspondencia de Toscanelli es rigurosamente auténtica. Nada hay en ella de ilógico, ni de contradictorio. Si fuese falsa sus autores no habrían hecho suponer a Toscanelli que Colón era portugués y no habrían incurrido en otros insignificantes errores que demuestran, precisamente, la mano del informante florentino. El mapa de Toscanelli no sólo no fue imaginado con posterioridad al de Behaim, como quieren los negadores de la influencia italiana, sino que sirvió de prototipo al de Behaim. La originalidad de los mapas de Toscanelli y de Behaim reside en el hecho de colocar frente a frente las costas de Europa y del Asia separadas por el Océano Atlántico. Esta concepción del mundo prueba que cualquier viaje que se emprendiese desde las costas de Europa hacia el Oeste tenía que terminar, matemáticamente, en las costas del Asia. Pues bien: esta concepción no sólo se halla en el mapa de Behaim, del 1492, y en el de Toscanelli del 1474, sino que la demuestra el atlas catalán del 1375. Este atlas representa el mundo entonces conocido desde las costas europeas y africanas del Océano Atlántico hasta los extremos orientales del Asia. Basta dividir este atlas por el centro y transportar la parte izquierda a la derecha, y la derecha a la izquierda, para tener en sus líneas generales el exacto prototipo de los mapas de Toscanelli y de Behaim. El conocimiento de que el Oriente se hallaba frente al Occidente y bastaba cruzar el Océano para unirlos databa desde siglos antes de Toscanelli y era general en la época de Colón. El marino genovés no pudo tener otro propósito que el de realizar por primera vez esa unión y ese gran viaje. La busca de la Antilla no tenía ningún objeto y, además, se encontraría de paso en la gran travesía. Como última prueba de que en el mismo año del descubrimiento de América no era posible concebir otro viaje transoceánico que el de Europa al Asia por la vía del Atlántico, recordaremos que el cosmógrafo Jerónimo Müntzer, en 1492, propuso al rey de Portugal, sobre la base del mapa de Behaim, un viaje desde Europa a la India idéntico al que estaba realizando Cris-

tóbal Colón. La noticia del descubrimiento de América paralizó el proyecto del cosmógrafo alemán. Esta coincidencia no disminuye el mérito de la concepción de Colón, sino que la aclara y la eleva.

Llegamos, pues, de un modo firme, a la comprobación indestructible de que Colón y los Reyes Católicos organizaron el viaje de 1492 para unir las costas de Europa con las del Asia. Es la primera parte del gran problema moderno del descubrimiento de América. Pero surge la segunda parte del problema, la que trata de averiguar qué fin llevaba a Colón y a las naves de los Reyes Católicos, a las costas del Asia. En otras palabras: por qué Colón y los Reyes Católicos deseaban unir las costas de Europa con las del Asia.

Nos hallamos, ahora, dentro de la historia de Europa en los últimos años del siglo XV. Si contemplamos el panorama del mundo occidental en aquellos momentos comprobamos que Europa, después del enorme fracaso de las cruzadas, se hallaba en una situación desastrosa. Los príncipes cristianos a menudo se dirigían a los Papas proponiéndoles armar nuevas cruzadas contra los turcos; pero los proyectos de guerras eran simples excusas para aumentar los impuestos y no pagar los diezmos eclesiásticos. Después de la muerte de San Luis, en Túnez, el 25 de agosto de 1270, y el desastre de Nicópolis, en 1397, Europa se detuvo, temblorosa, frente al poder de los musulmanes. Los caballeros de San Juan de Rodas realizaron el prodigio de resistir a los turcos y durante el siglo XV bandas de aventureros catalanes excursionaron en Grecia y en el Oriente del Mediterráneo como si quisiesen demostrar que el espíritu bélico de la cristiandad sólo subsistía en España. Era en efecto, en España donde se combatía desde siglos en contra de los moros. Los reyes españoles que reconquistaron el territorio nacional del poder de los árabes salvaron a Europa de una segura invasión islamita. Era tan grande el terror que Europa tenía de caer bajo los alfanges musulmanes que se acusaba a los judíos y a los leprosos de estar combinados con los moros para abrirles las puertas de las ciudades. El reino moro de Granada era el fantasma de Europa, y España, la sola nación que hacía frente a ese terror sombrío. El Cid y Fernando el Santo ya habían demostrado cómo eran capaces de vencer a los moros; pero el esfuerzo supremo correspondió a Isabel de Castilla y a Fernando de Aragón. Estos reyes, con la unidad que dieron a España, hicieron de su patria el estado más fuerte de Europa. A fines de la Edad Media España representaba la fuerza política más intensa del mundo occidental. A ella sola correspondía decidir los destinos del cristianismo. Las demás naciones de Europa se hallaban debilitadas por luchas o por malos gobiernos. Colón no tardó

en comprender que el único estado que podía favorecer sus proyectos era España y por ello abandonó Portugal y entró en Castilla con la esperanza de que si no realizaba en esa tierra sus sueños tendría que llevarlos al otro mundo. Los sabios españoles que escucharon su proyecto se limitaron a considerar las posibilidades materiales de un viaje a través del Océano desde Europa a la India. Ni los Reyes, ni Colón expresaron a los técnicos españoles el por qué pensaban realizar ese viaje. Como es natural, los sabios consultados dudaron de la resistencia humana para cumplir una travesía tan larga. Manifestaron sus dudas, todas ellas muy lógicas y bien fundadas, y terminaron por juzgar impracticable aquella temeridad. No insistimos sobre estos momentos amargos de la vida de Colón. En ellos el navegante genovés dio prueba de una constancia como pocos otros hombres han tenido en el mundo. Por fin la guerra contra los moros fue llegando a su término. Isabel la Católica puso sitio a Granada y convirtió su campamento de tiendas de campaña en una ciudad de piedra que llamó Santa Fe. La resistencia de los cristianos había terminado por agotar las últimas esperanzas de los moros. Los Reyes Católicos entraron en Granada el 2 de enero de 1492. La cruzada de ochocientos años había terminado. El mundo cristiano se estremeció de emoción y de todas las cortes llegaron a los Reyes Católicos felicitaciones entusiastas por la gloria conquistada. Pero la cruzada contra los enemigos cristianos y, por ende, del estado español, necesitaba completarse con dos nuevas reacciones: una interna y otra supernacional. La reacción interna la decidieron los mismos Reyes Católicos con la expulsión de los judíos. El 31 de marzo de 1492, a los tres meses escasos de haber hecho flamear las banderas de Cristo y de España sobre la Alhambra de Granada, Isabel y Fernando decretaron el éxodo de los hijos de Israel. España, con esta medida, se hallaba dueña de sí misma y libre para comenzar la gran reacción supernacional de carácter ecuménico. La idea y la forma de esta reacción eran las que ofrecía el navegante genovés. Los reyes no vacilaron. Todas las exigencias y pretensiones de Colón fueron aceptadas. El marino de Génova trató con los reyes de España, los más poderosos de la cristiandad, de igual a igual, como si él también fuese un soberano. Colón ponía la teoría, su cultura cosmográfica y cartográfica de puro origen italiano, su audacia y su espíritu de viajero maravilloso, toda su italianidad; y los Reyes Católicos daban el permiso para cruzar el mar y contribuían con la fuerza y el valor españoles. El viaje a la India, a las costas e islas del Asia, estaba decidido y comenzaba la reacción supernacional, la continuación lógica de la cruzada casi milenaria de España contra los moros y contra los judíos.

Esta es la interpretación a que hemos querido llegar con la exac-



ta, objetiva y completa visión histórica. No podemos negar que la historia de España es la única que tiene una continuidad perfecta, inalterada, desde el año 718 en que el rey don Pelayo inició la reconquista batiendo a los moros en Covadonga, hasta el 1810 en que se derrumbó el imperio colonial español. El viaje a la India y a las costas e islas del Asia era para los reyes de España — y lo es asimismo en el panorama histórico — una prolongación de las cruzadas, de la lucha contra los infieles. Esta campaña de siglos que la cristiandad, representada en España, llevó en contra de la infidelidad, se divide en dos partes que son la historia del mundo antiguo y del mundo moderno. España no tuvo, como Italia, una Edad Media, ni como Francia y los países del Norte, un espíritu medieval. En su historia no existe un brillo clásico, como el de Roma, ni un período intermedio como el que va desde la caída del imperio romano hasta los albores del Renacimiento. Tampoco vivió España épocas de barbarie y de superstición como las que hubo en otras partes de Europa. La pureza del cristianismo y la energía de los Concilios de Toledo dieron a la mentalidad española una disciplina y una rigidez que la preservaron de aberraciones y decadencias. La historia de la cultura española es una línea ascendente e independiente que a fines de la Edad Media italiana viene a coincidir con el esplendor del Renacimiento. Europa llegó, en esta forma, al límite de un mundo que, situado frente al moderno, sólo puede llevar el nombre de antiguo. El autor de esta división de la historia humana, el hombre que puso fin a la edad antigua europea en medio del Renacimiento italiano y dio principio a los tiempos modernos, fue Cristóbal Colón. Sin el genio y la tenacidad de Colón, el espíritu antiguo de la llamada Edad Media se habría prolongado por un tiempo difícil de precisar; América habría sido descubierta tarde o temprano; pero el momento histórico y revolucionario del descubrimiento — ese acto que puso fin a una época para dar comienzo a otra — no habría existido. La intervención de Colón, en cambio, produjo en la historia dos hechos trascendentales, en apariencia contradictorios, que constituyen el centro de la historia terrenal. Ellos tienen estilos diferentes; pero se complementan y su fusión es la actual historia del mundo. El primero es la prolongación de las cruzadas; el segundo, la revolución que produjo en la humanidad el descubrimiento de América. Ambos no pueden ser más evidentes e indiscutibles. La continuación de las cruzadas no experimentó ni en el tiempo ni en la forma el más mínimo cambio. Las fechas son elocuentes: 2 de enero de 1492, toma de Granada y derrota completa de los moros; 31 de marzo, decreto de expulsión de los judíos; 17 de abril, contrato entre Cristóbal Colón y los Reyes Católicos para el

viaje a la tierra firme e islas del Océano; 2 de agosto, partida de los judíos de España; 3 de agosto, partida de Colón; 12 de octubre, descubrimiento de América. No hay un instante de reposo ni de interrupción en esta cruzada peninsular primero, y luego mundial. Los reyes de España no quisieron pensar en la cruzada a las tierras e islas del Asia hasta que no terminaron la cruzada peninsular; pero cuando entraron en Granada comprendieron que su misión no estaba cumplida, que las palabras misteriosas del marino genovés eran toda una profecía y que debían arriesgar sus naves hasta el Asia para llevar la religión, las leyes, la lengua y el dominio de España a los pueblos infieles que vivían al otro lado del mar. No son estas deducciones, sino hechos incontrovertibles. Mientras se preparaba la expedición de Colón, Antonio de Nebrija redactaba una gramática española — la primera en lengua romance que se compuso en Europa — y fray Hernando de Talavera comunicaba a la reina Isabel que con esa gramática se enseñaría el español y se impondrían las leyes de España a los “pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas” que pronto — con el viaje de Colón — entrarían “debajo de su yugo”. No puede pedirse prueba más terminante de que las carabelas de Colón tenían por meta el Asia y que la empresa era considerada, en España, como una prolongación de las cruzadas.

El mundo, hasta entonces estrecho e insignificante, puso a los hombres frente a nuevos mares, a nuevas tierras y a nuevos destinos. Con el descubrimiento de América las cruzadas tuvieron una última vibración en la batalla de Lepanto y se trasladaron íntegras allende el Océano. El 2 de agosto de 1492 los judíos partieron de los puertos españoles rumbo al destierro: era la cruzada peninsular que terminaba, la Edad Media que detenía su marcha en Europa; al día siguiente Colón partió de Palos: era la cruzada mundial que comenzaba, la llamada Edad Media que se trasladaba a América, la edad moderna que aparecía en Europa. En esta forma vemos a Colón como al personaje histórico más trascendental de la historia humana. Su italianidad, es decir, su personalidad inconfundible de viajero, dio a los hombres el dominio absoluto de la tierra en que vivían. Este dominio, que nosotros expresamos con una sola palabra, fue la conquista suprema de la humanidad sobre el mundo. Es necesario reflexionar un instante en lo que ella representa, tanto en la historia como en la filosofía. Desde el nacimiento de Adán, el hombre no fue dueño del planeta hasta que Colón lo puso en sus manos. Esta conquista, este dominio, no son un producto del Renacimiento, como han pretendido algunos historiósosos. El Renacimiento fue una reacción y una libertad inter-

lectual que la cultura humana también debe a Italia; pero el descubrimiento de América tiene raíces historiosóficas más profundas. Es la expresión máxima de la antigua italianidad viajera fusionada a la fuerza de expansión más intensa de España. El espíritu descubridor encarnado en las cruzadas. Colón en sí fue un viajero, un soñador de lejanías y de misterios; pero en la historia es un cruzado porque su obra, además de ser la hazaña de un viajero incomparable, fue la del cruzado más audaz y genial que hubo en el mundo. Su viaje prolongó durante varios siglos unas cruzadas que también databan de siglos. Su empresa representa la transformación del mundo antiguo y medieval en mundo moderno.

Ahora bien: si contemplamos un instante la época que hemos estudiado, esos años en que el genio de Colón y la comprensión de los Reyes Católicos cambiaron la marcha del mundo, vemos que la historia de aquel tiempo absorbe a los personajes y se personifica en naciones que tienen un pasado y un futuro. Colón y los Reyes Católicos desaparecen porque ellos son una expresión nacional de italianidad y de hispanidad. Colón — ya lo hemos dicho — es el hombre simbólico que sintetiza el espíritu de las grandes empresas y concepciones italianas. Los Reyes Católicos son el resumen más característico y positivo de la fe cristiana y del afán de lucha españoles. Colón y los Reyes Católicos representaban un pasado que no podía morir en ellos. Ese pasado — que a fines de la Edad Media florecía en la forma más esplendente — se proyecta hasta nosotros con innumerables fuerzas ocultas. Así como Italia y España hicieron el mundo a su imagen y semejanza en 1492, en estos momentos inciertos son otra vez las Patrias de Colón y de Isabel las que señalan los caminos a la humanidad. Por ello afirmamos, con una convicción profunda, que la grandeza de las naciones no sucumbe en el tiempo y que las glorias de ayer — como en los casos de Italia y de España — reviven en el presente y ya alumbran el futuro.